

Editorial

Vivimos en una sociedad donde la palabra *crisis* es la más escuchada en los medios de comunicación y en las conversaciones, no sólo de los trabajadores, de los empresarios y políticos, sino que también ocupa muchas charlas de café o conversaciones en cualquier situación de ocio.

La crisis y sus efectos nos invaden hasta tal punto que crean en nosotros una situación de desamparo que impide mirar al futuro con optimismo e ilusión. La desesperanza, la angustia, el miedo, la inseguridad y la apatía se apoderan de nuestro ser y entramos en una espiral de insatisfacción que no es propicia para plantar cara a la coyuntura desfavorable y ensayar nuevas formas de hacer y de estar en la realidad actual.

El agotamiento del sistema económico basado en un capitalismo especulativo resulta evidente. Ante una crisis de tipo económico-financiero vemos cómo se ponen sobre la mesa una serie de cuestiones relativas a la forma en la que los individuos se plantean la vida y la organización de la misma, un replanteamiento de la justicia social y una profunda renovación en los discursos, de las prácticas y de las expectativas.

Pero no sólo estamos frente a una crisis económica. Desde nuestro punto de vista sería mucho más preciso hablar la multiplicidad de grandes crisis que vive la sociedad actual: económica, política, histórica, de sostenibilidad, de biodiversidad y de valores e ideas. Toda esta situación nos hace sentir la necesidad de realizar cambios profundos en el modelo de desarrollo que hemos conocido en las últimas épocas para poder adaptarlo a las nuevas necesidades de estas primeras décadas del siglo XXI.

A esta situación podemos responder de dos formas muy diferentes y con resultados también distintos y trascendentes para la vida de los ciudadanos:

1. Propiciando un régimen organizativo cada vez más autoritario pero también más securitario, en el que los ciudadanos vamos cediendo parcelas de libertad para lograr la ansiada seguridad.
2. Admitiendo que nuestro sistema económico está agotado, y por esa razón estamos inmersos en un proceso que conduce al pesimismo y la desmoralización, a partir de ahí reaccionar, crear un nuevo sistema de solidaridad y creatividad que tenga la capacidad para revertir la situación.

Así nos encontramos en una gran encrucijada que nos obliga a crear nuevas formas de organización social. Esta necesidad de buscar nuevos paradigmas nos lleva a pedir la responsabilidad de los intelectuales para crear e inventar una sociedad del conocimiento con capacidad de crear y hacer circular nuevos arquetipos de pensamiento, nuevas formas de producción y de negocio, un nuevo estilo de vida en sociedad.

Dentro de estas nuevas reglas, reivindicamos las capacidades creativas, porque son las únicas capaces de lograr la innovación y la eficacia.

Es el momento de asumir riesgos, es el tiempo de los valientes, necesitamos recuperar el optimismo y las viejas utopías que nos sirven de estímulo para seguir avanzando y creando nuevas formas de ser, de pensar y de organizarse.

El presente número recoge rigurosos análisis de la influencia de la crisis en diferentes sectores y las principales respuestas creativas que se empiezan a explorar. Desde la organización de los sistemas políticos y su reflejo en las artes hasta la educación,

pasando por la economía, el marketing, la comunicación, la arquitectura, el turismo, etcétera, en los siguientes artículos se exploran las respuestas más creativas que configurarán buena parte de la esencia de nuestro futuro como sociedad.